

J.D.Vance

**Hillbilly, una elegía rural: memorias de una familia y una cultura en crisis**

Barcelona: Deusto, 2017

Permítanme empezar con una definitoria frase de casi el final del libro “El caos engendra caos. La inestabilidad engendra inestabilidad. Bienvenidos a la vida familiar de los hillbillies estadounidenses” (p. 224). El título del libro especifica que se trata de una elegía rural.

Según la Real Academia de la Lengua Española el significado de elegía es una “*composición lírica en que se lamenta la muerte de una persona o cualquier acontecimiento infortunado.*” Para desarrollar esta elegía J.D Vance opta por contar la historia de dos generaciones de su desestructurada familia hillbillie, parte de sus abuelos maternos (papaw y mamaw) y pasa por su madre hasta llegar a él mismo.

Precisamente de eso trata este libro, del lamento del autor por lo que él cree que es la *muerte* de la cultura hillbilly en la que nació y se socializó. Una cultura cada vez más empobrecida y radicalizada conformada por la clase trabajadora blanca de las montañas de los Apalaches. Una comunidad que se ha sentido abandonada y agraviada durante mucho tiempo por los poderes políticos, y que en el último año se ha convertido en centro de atención por ser un apoyo central en la elección en noviembre del 2016 del inefable Donald Trump como presidente de los Estados Unidos de América, aunque el libro se escribió antes. Pero resulta paradójico que el autor afirme que es una elegía a la muerte de su cultura natal precisamente cuando ésta está dando muestras de no estar muerta, al contrario, se resiste a desaparecer y para ello busca soluciones. Una de ellas ha sido votar a Trump que prometió devolver la dignidad y la identidad a las comunidades de trabajadores blancos pobres de las ciudades desindustrializadas del cinturón del hierro y a los jornaleros blancos de las zonas rurales del sur y medio este americano. Otra cosa es que lo consiga y a qué precio.

Estamos ante un ameno libro que es muchas cosas a la vez pero ninguna en específico. No es solo una novela, no es un ensayo, tampoco una historia de vida completa pues su autor apenas sobrepasa la treintena de años. Es todo eso y mucho más. Es lo que podríamos denominar como *novela ensayística*, un diamante en bruto para aquel que sepa leer con atención la realidad social de toda una comunidad, más allá de las situaciones familiares, hilarante en ocasiones y terroríficas en otras.

En la obra se desmenuza la desintegración de un modo de vida, de toda una cultura profundamente americana, religiosa y patriota. Es una historia personal y familiar enraizada en la Norteamérica profunda de Ohio y Kentucky. Un recorrido por las transformaciones sociales y políticas de toda una cultura conformada por hombres y mujeres que viven según un código de vida propio, donde la violencia forma parte estructural de sus vidas junto a la idolatría a la patria y a la religión: “mamaw [la abuela] siempre tuvo dos dioses: Jesucristo y los Estados Unidos de América. Yo no era distinto y tampoco lo era nadie a quien conociera (p. 187).

El interesante objetivo de Vance al escribir el libro es contar “lo que pasa en las vidas de la gente real cuando la economía industrial se hunde. Sobre cómo se reacciona a las malas circunstancias de la peor manera posible. Sobre una cultura que anima cada vez más a la descomposición social en lugar de contrarrestarla” (pp. 16 y 17). La cultura hillbilly está en crisis pero subsiste. Las personas que la componen son fuertes y tercas a pesar de que “muchas gente de mi comunidad estaba perdiendo algo parecido a una religión. Ese vínculo que les unía a sus vecinos, que les inspiró de la manera en que mi patriotismo siempre me ha inspirado, parecía haber desaparecido” (p.187).

El libro es todo un retablo de cómo se van cocinando a fuego lento la desigualdad, los prejuicios, el odio, la violencia... en definitiva, el proceso de degradación de una cultura a partir de su experiencia vital y familiar, esto es, desde dentro. Pero Vance no es sociólogo ni científico social. Y se nota. Pero también aprendemos mucho de sus discutibles análisis sociológicos, puesto que enfoca la realidad social de su comunidad a través de un sesgo religioso e individualista, con análisis que en ocasiones rozan el clasismo e incluso el racismo, pero que es un tipo de argumentación que, con diferencias superficiales, es utilizada en todas partes del mundo para estigmatizar al otro, al diferente, al migrante, al pobre. En diversas partes del libro culpa a sus vecinos de querer vivir del Estado, de no ser capaces de analizar su situación de una forma realista y de no aceptar el trabajo duro. “Cuando la gente me pregunta qué es lo que más me gustaría

cambiar de la clase trabajadora blanca, digo: “La sensación de que nuestras decisiones no tienen importancia” (p. 175). Sirvan de ejemplos estos extractos:

No es que los padres o los profesores eviten hacer referencia al trabajo duro. Ni que vayan por ahí proclamando en voz alta que creen que a sus hijos no les va a ir muy bien. Estas actitudes acechan bajo la superficie (p. 64).

Lo único que demuestra ese informe [de Public Religion Institute en 2012] es que mucha gente habla más sobre trabajar de lo que realmente trabaja (...) la retórica del trabajo duro entra en conflicto con la realidad sobre el terreno (p. 65).

Yo no lograba entender por qué nuestras vidas eran una lucha constante mientras que quienes vivían de la generosidad del gobierno tenían cacharros con los que yo sólo podía soñar (p. 140).

Sus abuelos votaban al partido demócrata “porque el partido protegía a la gente trabajadora” (p. 45) pero para Vance el Estado no protege, malcría: “Los científicos sociales han gastado millones de palabras intentando explicar cómo los Apalaches y el Sur pasaron de ser incondicionalmente demócratas a incondicionalmente republicanos en menos de una generación (...) una gran parte de la explicación está que muchos en la clase trabajadora blanca veían lo que yo veía (...) la percepción de que, como alguien dijo, el gobierno paga a la gente que vive del estado del bienestar sin hacer nada”.

Estas generalizaciones de Vance focalizan y culpabilizan a individuos cuando, paradójicamente, en el libro también se argumenta en varias ocasiones que es la compleja organización socioeconómica la base del desencanto y el abandono. Por ejemplo cuando aborda el imparable incremento de la desigualdad en América del Norte donde “sus miembros [ricos y pobres] ocupan dos mundos cada vez más separados. Como emigrante cultural de un grupo al otro, soy perfectamente consciente de sus diferencias” (p. 246).

Es decir, Vance analiza como una cuestión de voluntad personal algo que es mucho más complejo como son la falta de oportunidades laborales, la automatización productiva, la deslocalización, las transformaciones globales de la economía y la erosión de las formas de vida tradicionales, entre otras. Quizás analice así su realidad social porque afirma que él logró “escapar” de la red de tradiciones y formas de hacer las cosas hillbilly por la perseverancia y personalidad de sus abuelos, que lo educaron en la premisa de que podría hacer lo que quisiera y que no era como el resto de “desgraciados”. De nuevo la

importancia de la individualidad y la responsabilidad de cada cual porque “a pesar de todas las presiones ambientales de mi vecindario y mi comunidad, en casa recibí un mensaje distinto. Es probable que eso me salvara” (p. 67). Para Vance hay una vida buena que es la que ha conseguido con la integración social y el sueño americano del *american way life*, y una vida mala de desarraigo y exclusión, que es a la que hubiera estado condenado de quedarse en su comunidad natal.

Pero a pesar de la individuación y de la confianza en el esfuerzo personal, Vance tiene también, sin saberlo ni mencionarlo, una visión estructural del rol de la escuela como un agente de mantenimiento de la desigualdad y el orden, tal y como Bourdieu desgranase en diversas obras como *La distinción*, esto es, que la escuela mantiene y prolonga en el tiempo las desigualdades sociales y que existe una diferencia de base en las condiciones objetivas y materiales a la hora de poder estudiar según la clase social. La del autor no es una familia pobre, sino más bien desestructurada y cuando hay periodos de tranquilidad el rendimiento académico del joven Vance se incrementa, esto ocurre cuando por fin su vida se estabiliza al vivir con sus abuelos y deja atrás años de cambios continuos de residencia y de padastros y afirma que “podría decir que la paz de la casa de mamaw me dio un espacio seguro en el que hacer los deberes. Podría decir que la ausencia de peleas e inestabilidad me permitieron concentrarme en el colegio y en mi trabajo (...) pero lo que recuerdo más que nada es que era feliz, que ya no le tenía miedo a la campana con la que terminaban las clases del día, sabía dónde iba a vivir el mes siguiente y no afectaban a mi vida las decisiones sentimentales de nadie. Y de esa felicidad surgieron muchas de las oportunidades que he tenido en los últimos doce años” (p. 151).

Cuando Vance va ascendiendo en la escala social sus problemas no desaparecen. Los traumas, costumbres y las formas de hacer de su pasado le persiguen permanentemente. Cuando tras algunos vaivenes, que incluyen un paso de 4 años por el cuerpo de marines, consigue estudiar Derecho en la Universidad de Yale se siente profundamente desarraigado y solo. Es lo que Sayad llama la doble ausencia: no se siente integrado ni en su comunidad de origen ni en la de acogida, así cuando una trabajadora de una gasolinera le pregunta si estudia en Yale porque lleva una sudadera de esa Universidad él contesta que no y escribe que “[tenía] el conflicto interior que provoca un rápido ascenso social: había mentido a una desconocida para evitar sentirme un traidor (...) una consecuencia del aislamiento es ver la medida normal del éxito no sólo como inalcanzable, sino como propiedad de la gente que no es como nosotros. Mamaw

siempre luchó contra esa actitud mía y, en gran medida, logró su propósito” (p. 201).

Además, en el libro aparecen tangencialmente otros temas muy interesantes al lector como son la necesidad de un hogar confortable para el desarrollo estable de sus miembros, los procesos de degradación de los barrios pues “la propiedad de la vivienda tiene un fuerte coste social: a medida que los puestos de trabajo desaparecen en una zona determinada, el valor descendente de las casas atrapa a la gente en ciertos barrios” (p. 60) o las consecuencias de los malos hábitos cotidianos en la alimentación (alimentos precocinados, mucha azúcar, alcohol...).

Entonces ¿Cómo y porqué construyen los hillbillies sus discursos sociales clasistas y racistas? Por que desconfían del que no es como ellos, de los acentos diferentes de “los otros”... y pone como ejemplo que gran parte de su comunidad se creía los bulos sobre la nacionalidad y la religión de Obama. Además de los políticos cultos o diferentes, los hillbillies desconfían de los medios de comunicación de masas. La mezcla de incultura, redes sociales y desconfianza es terreno abonado para las teorías conspirativas y la desinformación porque tienen “un profundo escepticismo en las instituciones que forman parte de nuestra sociedad. Y es algo que se está generalizando cada vez más” (p. 190) lo que en definitiva ha desencadenado que “en la clase blanca trabajadora haya un movimiento cultural que culpa de los problemas a la sociedad o al gobierno, y ese movimiento tiene más adeptos cada día que pasa” (p. 191) porque “el mensaje de la derecha es cada vez más: no es culpa tuya que seas un fracasado, es culpa del gobierno” (p. 191).

Como no podía ser de otra forma el libro contiene pocas respuestas, pero nos deja con múltiples e interesantes preguntas entre las que podrían estar ¿Cómo abordar las desigualdades? ¿Qué hacer para que todo/as vivamos decentemente? ¿Todas las culturas tienen derecho a su reproducción social? ¿Podrán volver a tener una vida decente y con aspiraciones como en la década de los años 50? ¿Cómo podrían los hillbillies tener más oportunidades de movilidad social ascendente? ¿En qué acabará su frustración si no consiguen cambiar sus condiciones de vida ni se cumplen las promesas de Trump?

Para el autor las oportunidades de inserción social y movilidad social ascendente pasan por el trabajo duro y la educación “No sé cuál es la respuesta exacta, pero sé que empieza cuando dejamos de culpar a Obama o a Bush o a empresas sin rostro y nos preguntamos qué podemos hacer nosotros para mejorar las cosas” (p. 249).

En definitiva estamos ante un fascinante fresco de la cultura de la clase trabajadora blanca norteamericana, una llamada de atención, un grito de ayuda, una voz surgida de dentro de una sociedad en descomposición que puede arrastrar al país más poderoso del mundo.

BIBLIOGRAFÍA

BOURDIEU, Pierre (1979/2012) *La distinción. Criterio y bases sociales del gusto*. Madrid. Ed. Taurus.

SAYAD, Abdelmalek (2011) *La doble ausencia. De las ilusiones del emigrado a los padecimientos del inmigrado*. Madrid. Anthropos

Antonio J. Ramírez-Melgarejo

Universidad de Murcia